Discurso en la Universidad de Córdoba
Texto del Dr. Rafael Valero
Noviembre 2 de 2026.

Distinguidas autoridades de la Provincia de Córdoba
Distinguidas autoridades de la Universidad nacional de Córdoba.
Distinguidas personalidades nacionales e internacionales.
Damas y caballeros.

Es para mí un honor pisar el suelo de esta noble ciudad, cuna del humanismo latinoamericano. Llegar aquí no es simplemente realizar un trayecto geográfico; es emprender un peregrinaje intelectual hacia el corazón mismo del pensamiento cultural de nuestra América.

Llegamos a la célebre ‘Casa de Trejo’ con el máximo respeto, recordando su fundación en 1613 que encendió la llama de la educación superior en Argentina y en todo el cono sur de América.

México y Córdoba comparten un hilo invisible pero inquebrantable: la convicción de que el conocimiento no es un privilegio de pocos, sino un patrimonio social destinado a emancipar a nuestros pueblos.

Para un académico mexicano, hablar de Córdoba es hablar inevitablemente, de 1918. Fue en esta casa donde una juventud valiente proclamó aquel Manifiesto Liminar que resonó desde la Docta hasta el Valle de México, recordando al mundo que 'los dolores que nos quedan son las libertades que nos faltan'.

La Reforma Universitaria de Córdoba no solo democratizó la educación superior en la Argentina; le dio a toda América Latina el modelo de una universidad propiedad del Estado, gratuita, autónoma, abierta, con libertad de cátedra y un compromiso ineludible con la realidad de sus comunidades. Esa llama que encendieron los estudiantes cordobeses hace más de un siglo

sigue iluminando los debates contemporáneos sobre el rol social de la ciencia y las humanidades.

Cuando ocurrió la revolución estudiantil en Córdoba y se publicó el célebre Manifiesto Liminar en 1918, José Vasconcelos que asumiría como rector de la Universidad Nacional de México observó con enorme admiración el ímpetu de cambio que nacía en el sur.

Y, entonces, al asumir la rectoría en 1920, plasmó el espíritu de la Reforma de Córdoba en su propia gestión. Transformó la identidad de la institución mexicana al acuñar su famoso lema universitario: "Por mi raza hablará el espíritu". Y plasmó el mapa de Latinoamérica como logotipo y emblema de la Universidad de México, abrazando la unidad cultural de nuestros países, que fue un ideal central del manifiesto cordobés.

El vínculo con la casa de Trejo no fue solo intelectual ni solo a distancia, el 5 de octubre de 1922, visitó la Universidad Nacional de Córdoba y pronunció una conferencia titulada “Orientaciones del pensamiento en México”, cuyo texto original se conserva, publicado en Córdoba ese mismo año por la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Dedicó parte de su discurso a elogiar expresamente al estudiantado revolucionario cordobés, describiendo a Córdoba como «uno de los centros principales de ese célebre movimiento universitario estudiantil que se ha ido propagando por toda la América meridional». Y al final de su conferencia se dirigió directamente a esos jóvenes para exhortarlos a que, «cuando conquisten el poder político, no abandonen sus ideales ni los dejen reducidos a simples discusiones intelectuales. Deben llevarlos a la práctica y promover la unión latinoamericana, respetando la soberanía de cada país». Vasconcelos veía en los estudiantes de Córdoba una fuerza capaz de transformar no solo la universidad, sino también la vida política del continente; esperaba que asumieran responsabilidades de dirección y convirtieran sus ideales en reformas concretas. Sostuvo, además, que los países latinoamericanos debían superar el aislamiento, cooperar en asuntos internacionales y desarrollar un

pensamiento propio en lugar de limitarse a imitar los modelos europeos, defendiendo una unión continental que no exigiera sacrificar la soberanía nacional. Aquella conferencia, pronunciada apenas cuatro años después de la Reforma de 1918, estableció un vínculo explícito entre el movimiento estudiantil y la Revolución mexicana iniciada en 1917. Los estudiantes cordobeses, con su manifiesto y su audacia, no solo encendieron la llama de la superación educativa en la Argentina: la propagaron por toda Latinoamérica y mostraron que la juventud universitaria podía ser motor de transformación política y cultural. Ese legado sigue vivo y nos convoca.

Hoy, los desafíos que enfrentamos en nuestras latitudes —la equidad social, el rigor científico frente al dogma, la integración regional y el desarrollo sostenible— nos exigen más que nunca tender puentes académicos sólidos entre el norte y el sur.

Que este evento sea un paso más en la consolidación de esa gran red de pensamiento. Que, desde la historia secular de esta universidad y el espíritu indomable de sus aulas, sigamos construyendo una educación pública, rigurosa y al servicio de la dignidad humana.

Nos estamos reuniendo hoy en la Docta en un tiempo de profundas fracturas en el mundo. Cuando el sufrimiento de miles parece reducirse a la frialdad de una cifra en las noticias. Sin embargo, precisamente cuando el horizonte parece oscurecerse, la academia y la filosofía tienen el deber ineludible de levantar la voz y recordar lo que significa ser verdaderamente humanos.

Los conflictos siempre han existido, es condición de la propia existencia de los mundos, ya nos lo dijo Anaximandro, el cosmos deviene del Ápeiron con el ineludible surgimiento de los pares de opuestos: existen el bien y el mal desde siempre.

Por eso Immanuel Kant, en su reflexión sobre la Paz comprendió que la convivencia armónica entre los pueblos no es un estado natural que deba

esperarse pasivamente, sino una construcción colectiva dictada por la razón. A través de su imperativo categórico, Kant nos dejó una máxima insustituible: “Actúa de tal manera que trates a todo ser humano, siempre como un fin en sí mismo y no simplemente como un medio para obtener algo”.
La paz y la tranquilidad de las personas no son una utopía; son una exigencia ética fundamental.
Cuando las potencias instrumentalizan las vidas humanas en favor de la geopolítica o la dominación, traicionan el principio básico de la dignidad. Ninguna victoria política ni pretensión de poder puede justificar la reducción del ser humano a un recurso descartable.

Allí donde una persona sufre, la humanidad entera se resiente.

Frente al discurso del desprecio, la filosofía nos invita a recuperar la ética de la virtud. Ya Aristóteles y otros filósofos clásicos nos enseñaron que el bien supremo no radica en la acumulación de poder o riqueza, sino en el «florecimiento humano», la «vida buena» más allá de una simple emoción pasajera. La realización plena del ser dentro de la comunidad. La justicia y la amistad civil —la philia— son los cimientos sobre los cuales se sostiene la polis.

Mas de dos milenios después, las palabras del filósofo contemporáneo Emmanuel Levinas resuenan con igual fuerza: la ética nace en el momento en que miramos el rostro del Otro. El rostro del vulnerable, del sufriente, nos impone una responsabilidad, una responsabilidad previa a cualquier ideología o frontera. La fraternidad, por tanto, no es un discurso abstracto; es el reconocimiento radical de que el dolor ajeno nos concierne a todos.

La conformación ética de la persona no brota de manera espontánea; requiere un terreno fértil que debe ser cultivado desde la juventud. La educación secundaria y media cumplen un rol insustituible en esta trayectoria: no es un mero tránsito hacia la vida laboral, sino el período crucial donde el joven despierta a la conciencia social cuestiona los prejuicios

y descubre el valor de la empatía. Es en el aula escolar donde se aprende a escuchar la voz del diferente, a dirimir las diferencias mediante el diálogo y a cultivar el sentido de pertenencia a una comunidad moral más amplia.

Por su parte, el claustro universitario no puede limitar su misión a la instrucción técnica o la alta especialización. De poco serviría a un propósito de protección del medio ambiente natural, y de poco serviría al bien de la sociedad humana, formar expertos sobresalientes en específicas áreas del conocimiento, si estos carecen de sensibilidad social y compromiso ético. La universidad no es solo una fábrica de engranajes para el mercado; es, por definición, la casa de la razón crítica y la formación de ciudadanas y ciudadanos íntegros.

Como nos ha recordado la filósofa contemporánea estadounidense Martha Nussbaum, un conocimiento desprovisto de ética se convierte en una herramienta ciega y, con frecuencia, peligrosa. La educación superior debe cultivar la capacidad de la imaginación compasiva, que nos permita ponernos en el lugar del otro y comprenderlo. Nussbaum asume la necesidad de que nos sintamos ciudadanos del mundo; “nuestra principal lealtad moral debe dirigirse a la comunidad de todos los seres humanos por encima de las fronteras nacionales” escribió en su ensayo: Patriotismo y cosmopolitismo publicado en Boston Review en 1994.

La enseñanza humanista y filosófica que transmitimos en cada claustro universitario donde hemos llevado un mensaje —ya sea en Oxford o en Princeton, en Heidelberg o en la Universidad Nacional Australiana en Canberra, en la Universidad de San Marcos en Lima y ahora en la Casa de Trejo—, y la persistencia de esa misma enseñanza en quienes nos sucedan, deberá dar sus frutos a largo plazo, y nuestros biznietos podrán disfrutar de un mundo mejor.

Mas, ahora mismo, aquí y ahora, al pensar correctamente, el mundo cambia para nosotros. El correcto pensamiento, las buenas acciones y la aceptación

del diferente, aquí y ahora, nos conducen a la paz del alma, a la tranquilidad y a la salud. Es lo que veo en todos quienes me escuchan: que el amor y la comprensión reinan en sus vidas. La importancia de la universidad cordobesa, la importancia de la Universidad Nacional de la docta ciudad de Córdova no es solo su gran historia, sino su glorioso presente.

Muchas gracias.

Córdoba, noviembre de 2026.